

EL SIGNIFICADO DE MONSEÑOR ROMERO PARA LA TEOLOGIA

Jon Sobrino

Cuando se me encargó la presentación y el elogio de Mons. Romero traté de preguntarme con seriedad cuál es su significado para la teología y el significado, por lo tanto, de concederle este doctorado *honoris causa*.

Para dar una primera respuesta a esta pregunta bastaría con recordar que Mons. Romero tuvo un pensamiento teológico, profundo y poderoso, con el cual orientó la misión evangelizadora de la arquidiócesis y la construcción de una Iglesia de los pobres, elaboró "una reflexión teológica de maestro de la fe"¹ y la explicitó en sus numerosas homilias, discursos y cartas pastorales.

Buen conocedor de la teología del Vaticano II, su pensamiento teológico se concretó cada vez más desde las intuiciones de Medellín y Puebla y se centró en lo que es fundamental en éstos: la liberación integral de todas las esclavitudes y la opción preferencial por los pobres. No cabe duda que de su teología se puede decir lo que él afirmaba de su Iglesia, "una Iglesia que sinceramente sólo ha deseado vivir la misión del siervo de Jahvé, 'enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a vendar los corazones rotos, a pregonar a los cautivos la liberación y a los reclusos la libertad, a consolar a todos los que lloran.'" ² Su teología fue dicho con la mayor precisión evangélica e histórica, una teología de la liberación: teología cristiana, basada en la revelación de Dios y en la tradición y magisterio de la Iglesia, y teología latinoamericana, recogiendo y respon-

diendo siempre a los sufrimientos y esperanzas de estos pueblos crucificados.

No cabe duda, pues, de que Mons. Romero poseyó un profundo pensamiento teológico, aunque él no fuese un teólogo profesional, sino un pastor, que desarrolló una teología, aunque ésta fuese más bíblico-pastoral que especulativa, que hizo avanzar incluso las intuiciones teológicas de Medellín y Puebla desde las realidades concretas de El Salvador. Así lo han reconocido muchos y así lo muestran las numerosas referencias a sus escritos en publicaciones teológicas.

1. Mons. Romero como acontecimiento teológico: palabra de Dios y palabra del pueblo de Dios

Con ser todo esto importante y suficiente para justificar este doctorado, no nos hemos adentrado, sin embargo, en lo más profundo de su significado para la teología. Este significado va más allá de su teología concreta y hay que buscarlo en la realidad total de Mons. Romero, en su pensamiento y en su ministerio, en su vida y en su martirio. La teología, en efecto, sea cual fuere su definición más precisa, trata siempre de explicitar y unificar dos dimensiones fundamentales de la fe cristiana: ver nuestra historia desde Dios y a Dios desde nuestra historia, y actuar sobre la historia desde Dios y corresponder a Dios desde la historia.

Pero para que esta tarea sea posible es necesario que algo, y algo importante, ocurra en la historia, que existan en la historia 'acontecimientos teo-

lógicos.' Estos son personas y pueblos en que unificadamente aparece la palabra de Dios y la palabra del pueblo de Dios, que ocurren en el presente —aunque deban ser contrastados con el pasado de la revelación— para que puedan haber teología de y para el presente, que unifican ambas palabras —lo cual no suele ser tan tenido en cuenta en la teología—, pues sin la palabra del pueblo de Dios se corre el peligro de reflexionar sobre Dios sin praxis de respuesta histórica y sin la palabra de Dios se corre el peligro de reflexionar sobre esa praxis sin gratitud.

Un tal acontecimiento teológico es lo que fue Mons. Romero, palabra actual y unificada de Dios y del pueblo de Dios. Por ello su significado fue muy grande para la fe, para la Iglesia y para el pueblo salvadoreño. Más adelante abordará el P. Ellacuría en su discurso su significado para la liberación verdadera del pueblo salvadoreño, pero ahora nos concentramos en su significado para la teología. Mons. Romero hizo presente para la teología a Dios y al pueblo de Dios, y le enseñó a la teología a hablar cristianamente de Dios y del pueblo de Dios.

No hay por qué extrañarse de que digamos que Mons. Romero fue *palabra de Dios* para El Salvador. El Dios de la fe cristiana no es una idea universal e intemporal ni es una fuerza informe, igualmente presente —o ausente— en nuestra historia. Es un Dios que sale al encuentro del hombre y de los pueblos por su palabra y con una palabra concreta. A través de Abrahán, de Moisés, de los profetas, pronunció su palabra de promesa y de liberación, de denuncia y de consolación. En su Hijo Jesucristo pronunció su palabra definitiva de absoluta cercanía y de salvación. Pero ni siquiera después de la aparición de Cristo ha enmudecido su palabra en este mundo; su Espíritu sigue suscitando portadores de su palabra, introduciéndonos así en la verdad y en la salvación a lo largo de la historia.

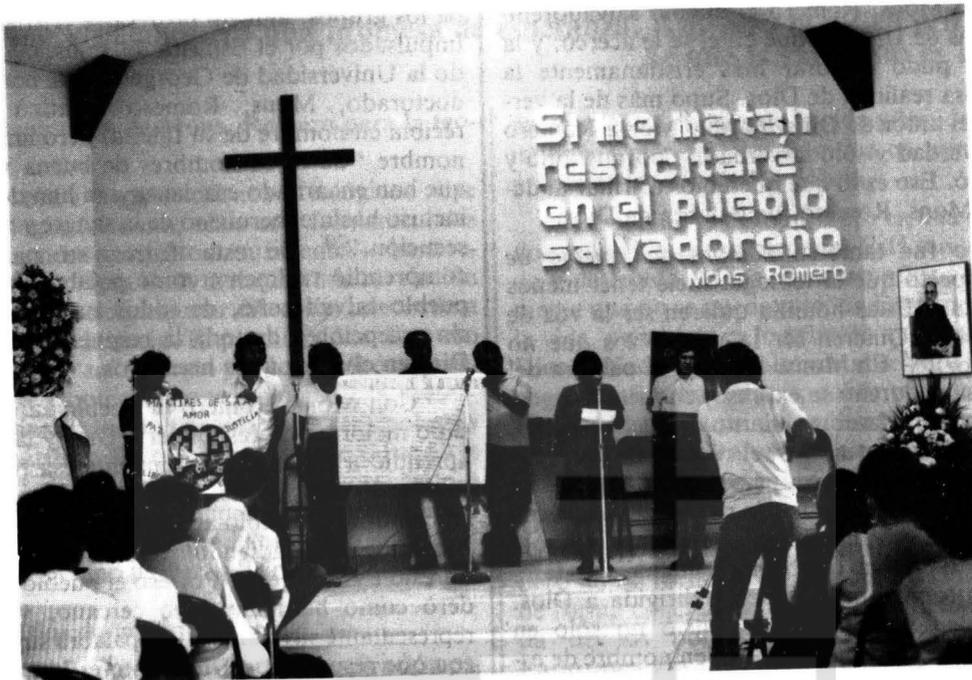
Eso es lo que ocurrió con Mons. Romero. Con él Dios habló en El Salvador y proclamó en medio de un pueblo oprimido y esperanzado su palabra de protesta y de denuncia, su silencio también, ante tanta abominación; pero en definitiva, proclamó su palabra de promesa, de justicia, de defensa y consuelo para los oprimidos.

Mons. Romero fue consciente de que era portador de la palabra de Dios y, en cualquier caso, deseó que su propia palabra fuera palabra de Dios. Por ello, en momentos solemnes e importantes habló explícitamente “en nombre de Dios,” como cuando en su última homilía dominical pidió “cese la represión.”³ Y siempre deseó que Dios se hiciese presente a través de su palabra. “Yo le he pedido mucho al Señor que esta pobre palabra... sea una palabra que no lleve la elocuencia ni la sabiduría de un hombre, que se pierda mi persona y mi acento.”⁴ “Yo no tengo otra pretensión, no soy más que un predicador de la palabra de Dios.”⁵

Que una palabra de hombre remita a Dios no es cosa fácil de conseguir; pero así lo captó el pueblo salvadoreño en Mons. Romero, no sólo por lo que decía, sino por la forma como lo decía. Mons. Romero dijo palabras de verdad y de toda la verdad. “En mi valija no traigo contrabando ni traigo mentira. Traigo la verdad,”⁶ dijo cuando venía de Puebla. Una verdad que él, sin duda, buscaba encontrar y por ello se informaba lo mejor posible sobre los problemas reales y los analizaba. Una verdad que él ofrecía en sus homilias y discursos con argumentos y razonamientos. Pero en definitiva, proclamaba en su palabra la verdad que se impone por sí misma, la que brota del fondo de la misma realidad; aquella verdad que no exige justificación ante los hombres, sino que exige que los hombres se justifiquen ante ella; aquella verdad mayor que nuestras verdades parciales, que las posibilita y las juzga, y exige siempre que los hombres busquemos la verdad.

Mons. Romero, además, pronunció su palabra con gran credibilidad. El pueblo salvadoreño captó que su persona desaparecía detrás de su palabra, que no la pronunciaba por ningún interés personal o institucional, que nunca empuñó o manipuló esa palabra, que nunca dijo verdades a medias, cautelosas o propagandísticas, que no rehuyó los graves riesgos de pronunciarla. “Si es verdadera palabra de Dios lleva algo explosivo y no muchos la quieren llevar. Si fuera una dinamita muerta ya nadie le tendría miedo.”⁷ Mons. Romero no sólo fue predicador de la palabra de verdad, sino que cargó con ella y

La teología trata siempre de explicitar y unificar dos dimensiones fundamentales de la fe cristiana: ver nuestra historia desde Dios y a Dios desde nuestra historia y actuar sobre la historia desde Dios y corresponder a Dios desde la historia.



con todo el peso de ella. No poseyó él esa palabra, sino que la palabra lo poseyó, llenándolo de gozo, sí, pero anonadándolo también hasta la entrega de la vida.

Por la radical verdad de su palabra y por la credibilidad con que la pronunciaba, en un país donde no reinaba la verdad —“falta en nuestro ambiente la verdad,”⁸ “sobran quienes tienen su pluma pagada y su palabra vendida”⁹— la palabra de Mons. Romero manifestó que existe la verdad, remitió a los hombres a ella y así hizo presente al Dios de la verdad.

Eso era más fácilmente comprensible cuando su palabra era de denuncia y de defensa de los pobres. “El servicio y la defensa de esta dignidad del hombre, el dolor y la vergüenza de tanta gente y tantos hogares ultrajados y desolados, ha puesto en la boca de nuestra Iglesia el grito angustioso de la denuncia y el repudio,” lo decía; y el pueblo creía que esa denuncia y ese repudio eran palabra de Dios. “Esto es el imperio del infierno,”¹¹ dijo resumiendo la situación del país, y el pueblo creía que ése era el juicio del mismo Dios.

Pero también lo creía cuando Mons. Romero hacía la difícil afirmación de que la salvación es posible. Si dolorosos fueron sus lamentos y

durísimas sus denuncias, su última palabra era una promesa de esperanza. “Lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina sino con una fe humana, creyendo también en los hombres, digo: ¡sí hay salida!”¹² Si audaces son estas palabras, más lo es la profunda convicción, no sólo la repetición rutinaria ortodoxa, de que Dios es salvación, y de que por ello la esperanza es más verdadera que la desesperación y más juiciosa que la resignación. Mons. Romero creyó que Dios es salvación pero lo pudo comunicar porque toda su vida y su muerte estuvo llena de amor y al servicio del amor. En vida amó a su pueblo sin calcular los costos “no abandonaré a mi pueblo, sino que correré con él todos los riesgos que mi ministerio exige.”¹³ Y comprendió su muerte como su último acto de amor: “desde ya ofrezco mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador... Que mi sangre sea semilla de libertad y señal de que la esperanza será pronto una realidad.”¹⁴ Desde ahí comunicó que el amor es en verdad lo último, lo que se debe realizar y recibir, lo que debe impregnar toda la vida y todos los proyectos históricos, lo que exige inmensos sacrificios, pero lo que promete también —sin explicarlo— salvación, que el amor remite a Dios y que Dios es amor.

Con Mons. Romero el pueblo salvadoreño supo más de Dios porque en él se le acercó; y la teología pudo elaborar más cristianamente la misteriosa realidad de Dios. Supo más de la verdad y del amor de Dios, porque Mons. Romero dijo la verdad y sólo la verdad, y porque amó y sólo amó. Eso es lo que queremos afirmar al decir que Mons. Romero fue palabra de Dios.

Pero fue también *palabra del pueblo de Dios*, aspecto que la teología suele tener menos en cuenta. "Estas homilias quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz."¹⁵ En Mons. Romero la palabra del pueblo salvadoreño se expresó, en primer lugar, como un gran clamor: el llanto de los huérfanos, el dolor de los torturados, el silencio de los asesinados, la angustia de los perseguidos, la tragedia de los campesinos, la miseria de los moradores de tugurios... Pero interpretó este clamor no sólo como grito político o protesta humana, sino también como palabra del pueblo dirigida a Dios. Por eso su palabra la pronunció no sólo en nombre de Dios, sino además "en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos."¹⁶

Mons. Romero expresó también la palabra creyente y cristiana del pueblo, su conversión, su esperanza, su compromiso, su entrega generosa y martirial. Con qué orgullo presentó en Puebla lo mejor de ese pueblo: "lo que me interesa, queridos hermanos, es ir a Puebla para llevar en mi voz... la expresión de esta Iglesia que son ustedes, ¡tan viva! ¡Una Iglesia mártir! ¡Una Iglesia tan llena del Espíritu Santo!... Que mi humilde voz en Puebla será el resonar de todas esas comunidades."¹⁷ Con qué clarividencia pudo hacer terribles afirmaciones como ésta: "me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida precisamente por su opción preferencial por los pobres y por tratar de encarnarse en el interés de los pobres."¹⁸ Su palabra fue pues, voz de lo mejor del pueblo de Dios.

Pero Mons. Romero creyó además que la respuesta a Dios no sólo la daba el pueblo de Dios como Iglesia, sino todos aquellos que generosamente respondían con el amor a los hermanos al dictado de su conciencia; a Dios, aun sin saberlo. Con profundidad teológica y exquisita delicadeza afirmó que "la acción del Espíritu que rescita a Cristo muerto en los hombres es más grande que ella misma. Más allá de los límites de la Iglesia hay mucha fuerza de la redención de Cristo; y los intentos libertarios de los hombres y

de los grupos, aun sin profesarse cristianos, son impulsados por el Espíritu de Jesús."¹⁹ Y cuando la Universidad de Georgetown le concedió el doctorado, Mons. Romero enfatizó que lo recibía en nombre de su Iglesia, pero también en nombre "de otros hombres de buena voluntad que han encarnado esa causa y la han defendido incluso hasta el heroísmo de la sangre y de la persecución."²⁰ De esta forma su palabra la comprendió realmente como palabra de todo el pueblo salvadoreño, de todos sus sufrimientos sin excepción y de toda la respuesta generosa a Dios en el amor a los hermanos.

Con Mons. Romero el pueblo salvadoreño supo mejor cómo responder a Dios y la teología aprendió a elaborar teóricamente esa respuesta. Pero todo ello porque, como Cristo, se convirtió en palabra del pueblo abajándose a lo pobre y lo pequeño, respondiendo desde la pobreza, la opresión y la muerte. Por eso el pueblo lo consideró como hermano suyo cercano, verdadero representante suyo ante Dios, palabra suya propia con que responder a Dios. Esto es lo que queremos afirmar al decir que Mons. Romero fue palabra del pueblo de Dios.

Esto fue Mons. Romero como *acontecimiento teológico*. Parafraseando el prólogo del evangelio de Juan podemos decir que en sus tres años como arzobispo, Mons. Romero hizo que la palabra de Dios acampara entre los salvadoreños, pusiera su tienda entre los pobres, los campesinos, los obreros, los desaparecidos, los torturados, los encarcelados, los huérfanos y las viudas, los asesinados. Con él la palabra de Dios se hizo cercana y compasiva hacia los oprimidos y terrible para los poderosos. Con él la palabra de Dios se convirtió en palabra más cortante que espada de dos filos que descubre el fondo de los corazones y de la historia, divide y enfrenta a los hombres, pero es acogida por quienes aman la justicia y la verdad. Y parafraseando la carta a los Hebreos, podemos decir que con él la palabra de los salvadoreños subió hasta Dios, sus llantos y gemidos, pero también su obediencia: los clamores de todo un pueblo se convirtieron en plegaria que Mons. Romero presentaba a Dios. Pero con él también, la misericordia y la fidelidad, el amor y la sangre martirial que bañó abundantemente esta tierra subió hasta Dios como ofrenda agradable y víctima inocente, como respuesta última al amor de Dios en el amor a los hermanos.

Si dolorosos fueron sus lamentos y durísimas sus denuncias, su última palabra era una promesa de esperanza. Así, hizo la difícil afirmación de que la salvación es posible.

2. La inspiración de Mons. Romero para la teología

De estos acontecimientos teológicos vive una teología cristiana; ellos son fundamentales —aunque nos sean del todo suficientes— para redescubrir el origen de la teología en la revelación y para proporcionarle una dirección adecuada a lo largo de la historia. El propio Mons. Romero dejó inspirar 'su' teología por lo que él comprendió como acontecimientos teológicos: la presencia de Dios en los pobres y la fe de esos pobres y de los mártires. Lo que Mons. Romero fue en la totalidad de su vida es lo que ha enseñado a hablar a la teología, y fundamentalmente a unificar a Dios y los pobres, a hablar del Dios de los pobres, y a cómo hablar de Dios y de los pobres.

2.1. El Dios de los pobres

Mons. Romero fue fuente de inspiración para elaborar diversos contenidos de la teología; pero concentrémonos en el contenido por antonomasia: Dios.

Dios fue para Mons. Romero el Dios de Jesucristo y con toda la plenitud con que la revelación habla de él. Pero precisamente por serlo, Dios es un Dios parcial, aparece en una correlación primigenia con los pobres de este mundo. La buena noticia es para los pobres y el reino de Dios es para los pobres. Puebla lo dice de forma admirable: por el mero hecho de ser pobres "Dios toma su defensa y los ama" (n. 1142). Y por ser un Dios de los pobres, se presenta con una voluntad salvífica para ellos, se ofrece a sí mismo ofreciendo un reino, se ofrece como el rey justo que hará justicia parcial a los pobres.

Mons. Romero captó profundamente esta correlación entre el Dios de Jesucristo y los pobres y sacó sus consecuencias. La realidad primaria de la pobreza significa en nuestros países cercanía a la muerte; la muerte lenta, pero eficaz que producen las estructuras injustas y la muerte violenta de la represión hacia quienes quieren con toda justicia y derecho sacudirse de la pobreza. En presencia de la muerte, Mons. Romero afirmó que la vida es la primera mediación de Dios y el primer criterio para discernir la autenticidad de la fe en Dios. La seriedad implicada en la fe en Dios proviene primariamente de la necesaria y excluyente elección entre la vida y la

muerte, entre el Dios de la vida y los ídolos de la muerte. Creer en Dios significa en primer lugar propiciar la vida de los pobres.

La vida no lo es todo. Pero en una situación donde la vida es tan precaria. Está tan amenazada y destruida, Mons. Romero afirmó solemnemente que no se puede creer en Dios sin defender la vida, y que ésta es lo primero que nos habla de Dios. "Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana..., sobre todo la persona de los pobres y oprimidos."²¹ "Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivos... Dios hizo la vida y quiere que subsista y no muera."²²

Mons. Romero creyó en el Dios de la vida, pero no de forma abstracta o universalista, sino de forma concreta y parcial, para defender la vida de los pobres y defender así a Dios. Parafraseando a San Ireneo llegó a decir: "la gloria de Dios es el pobre que vive;"²³ y de ahí, su constante defensa de la vida de los pobres, sus denuncias, pero también sus exigencias a la justicia, a radicales cambios de las estructuras que producen muerte, su ánimo para la organización política de los pobres, sus exigencias en cualquier coyuntura a que se gobernara, se organizara la economía, la administración de justicia, la fuerza armada, la educación, los medios de comunicación, y también la Iglesia, en favor de la vida de los pobres. Nada hay en esto de desplazamiento de la fe; sino, al contrario, es expresión de la fe en el Dios de la vida.

Y aquí está también la primera lección para la teología. Hablando con Leonardo Boff, pidió a los teólogos que desarrollaran una teología de la vida, pero desde una perspectiva bien precisa que formuló admirablemente: "es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida."²⁴ Este regresar a la vida, a lo que es mínimo pero fundamental, a lo que es evidente en la voluntad de Dios, ofrece una insoslayable exigencia a la teología: que la pluralidad de sus contenidos no relativice lo fundamental, que la sofisticación teológica no sofoque lo evidente, que la apelación precipitada a la plenitud de la vida no se convierta en *alibi* para ignorar la muerte de los pobres. No de otra manera puede presentar la teología a un Dios que es defensor, vindicador y liberador de los pobres.

A través y no al margen de ese aparente mínimo que es la vida de los pobres, Mons. Romero presentó a Dios también como la plenitud. San Ireneo prosigue su citada sentencia de esta manera: "la gloria del hombre es la visión de Dios" y Mons. Romero decía: "ningún hombre se conoce mientras si no se haya encontrado con Dios."²⁵ Creyó realmente que el Dios de Jesús vino a traer vida y vida en abundancia (Jn 10,10). Dios se revela como la defensa de lo mínimo, pero también como lo que humaniza a los hombres y a los pueblos, y como lo que los atrae hacia la plenitud. De ambas cosas hablaba con convencimiento y credibilidad; y, por ello, su palabra sobre la plenitud de Dios nada tenía de rutinario, desencarnado o alienante. Nunca habló de la plenitud de Dios a costa de la vida, ni dejó nunca de denunciar la injusticia, la pobreza y la muerte como intolerables para Dios. "Esa sangre, la muerte, tocan el corazón mismo de Dios."²⁶

Pero presentó también a Dios como el Padre de Jesús. Como padre bueno y cercano a los pequeños, en quien se puede confiar, en quien pueden encontrar descanso, paz y gozo todos los afligidos por el paso de la vida, los marginados de la sociedad, los despreciados por la religiosidad autosuficiente. Cuando ya no tenía nada más que ofrecer a los pobres les ofrecía el amor de Dios. Esto dijo en una víspera de navidad: "ojalá mi voz llegara a los encarcelados como un rayito de luz, de esperanza de Navidad, para decirles también a ustedes los enfermos, a ustedes los ancianitos del Asilo Sara, a ustedes los enfermos del hospital y de los hospitales, a ustedes los de las champas y barrancas, a ustedes los cortadores de café que están tratando de recoger su único ingreso para todo el año, a ustedes los torturados, que en todos ustedes ha pensado el consejo eterno de Dios."²⁷

En medio de la pobreza y exigiendo luchar contra ella, Mons. Romero presentaba a Dios como el garante de la dignidad de los pobres y de un pueblo pobre, como la posibilidad de vivir con humanidad en medio de la deshumanización. Los animaba a vivir la pobreza con el espíritu de las bienaventuranzas, con corazón limpio, con entrañas de misericordia, con fortaleza en la persecución, con solidaridad entre todos, y hacerse así hijos de Dios. Al devolverles esta dignidad teológica, les devolvió también su dignidad histórica: los pobres comenzaron a comprender su historia desde el antes y el ahora: "antes no éramos, ahora somos personas y somos pueblo."

Esa es la plenitud que originaba la presentación de Dios que hacía Mons. Romero.

Y creyó también que con Dios no sólo las personas, sino la historia se humanizaba, más y mejor y se encaminaba hacia la plenitud. Mons. Romero presentó a Dios como el Dios de la utopía. En unas notables palabras dijo: "la Iglesia sólo aporta un valor: la esperanza."²⁸ Con ello estaba afirmando que creía en el futuro y en un futuro bueno y salvador, en el futuro de Dios. El Dios de la utopía nunca encuentra plena correspondencia en la historia, pero atrae hacia sí a la historia para que ésta dé más de sí; anima siempre a que los procesos se encaminen hacia la justicia, la paz y la fraternidad; corrige los desvíos que ocurren en ese caminar. Mons. Romero creyó que manteniendo la utopía de Dios, siendo fieles a esa invitación que proviene de lo alto y del futuro, se encuentra siempre la dirección correcta, según la cual hay que construir la historia, se generan los valores para construirla humanamente, se supera la *hybris* humana y su tendencia a absolutizar —y así a pervertir— sus logros, se mantiene y se simultanea lo que en la historia sólo con mucha dificultad ocurre: justicia y libertad, lucha y reconciliación, realismo y esperanza.

La utopía de Dios, algo tan intocable e indefenso, es lo que Mons. Romero ofrecía como la reserva de la historia, de la que echar mano para rehacer siempre la esperanza, para poner manos a la obra en la construcción de la justicia, para intentar siempre de nuevo que lo justo no se desvirtúe, sino que se haga bueno y cada vez mejor. Esta utopía, tomada en serio e intentada poner en práctica, es lo que en sus palabras hace del hombre "un forjador de historia."²⁹

A ese Dios de la vida, Padre cercano y utopía plenificante presentaba Mons. Romero. Con ese Dios había que caminar, como pide el profeta Miqueas, humildemente en la historia hacia la transcendencia. Y aquí está lo último que decía Mons. Romero de Dios: es el misterio transcendente. Por ello afirmaba que "no nos pueden entender los que no entienden la transcendencia;"³⁰ "es necesaria una salvación transcendente."³¹

Pero precisamente porque se trataba de proclamar la transcendencia del Dios de Jesucristo y no de cualquier otra divinidad, Mons. Romero fue sumamente cuidadoso en presentar cristianamente la transcendencia de Dios. A

quienes apelaban a ella precipitada y desencarnadamente les decía: “no basta lo trascendente. Que eso es muy bonito, escribir de lo trascendente.”³² Comprendió la trascendencia de Dios correctamente en la diferencia de “su majestad y nuestra pequeñez,”³³ pero como lo que siendo mayor que la historia se hacía presente en la historia. Con su habitual intuición evangélica formuló la trascendencia histórica como la respuesta y la correspondencia al Dios que se hacía presente en la historia, y lo hizo de la misma forma que Jesús en el pasaje de Mateo 25 sobre el juicio final: “si nos preocupamos de los intereses del pobrecito, del pequeñuelo —pero no de cualquier modo, sino porque represente a Jesús, por la fe que abre el humilde, el marginado, el pobre, el enfermo—, si miramos en él a Jesús, ésa es la trascendencia.”³⁴

Esta presentación de Dios desde la unificación dialéctica de lo mínimo y lo máximo, de la vida y de la plenitud de vida, de historia y trascendencia es en nuestra opinión el aporte más significativo de Mons. Romero a la teología. Desde el hecho fundamental de los clamores y las esperanzas de los pobres, Mons. Romero ha posibilitado un mejor conocimiento de Dios como el *Deus semper maior* de la creación, de la paternidad, de la liberación y de la utopía, pero también

como el *Deus semper minor* escondido en su pobreza y anonadado en sus crucifixiones. Con ello ha ayudado también a la elaboración de una cristología —desde la realidad concreta de Cristo pudo ver así a Dios— y de una eclesiología basada en la fe en ese Dios y en el seguimiento de ese Cristo; ha ayudado a la comprensión teológica de la fe como respuesta y entrega total al Dios de los pobres.

2.2. El quehacer teológico cristiano desde y para los pobres.

Mons. Romero inspiró muchos contenidos teológicos pero también cómo hacer teología cristianamente. Y antes que nada el lugar desde donde hacer teología.

A Dios hay que buscarlo no en cualquier lugar ni donde nosotros o la teología quisiéramos que él se manifieste, sino allí donde él dijo que estaba: en los pobres de este mundo. Y la respuesta del hombre a Dios la debe elaborar la teología, no desde cualquier presupuesto, sino desde lo que afirma el evangelio: en el seguimiento de Jesús pobre y crucificado, y en la respuesta de los pobres que “han entendido los misterios del reino.”

En ellos encontró Mons. Romero a Dios, es-



Con Mons. Romero el pueblo salvadoreño supo mejor cómo responder a Dios y la teología aprendió a elaborar teóricamente esa respuesta. Todo ello porque se convirtió en palabra del pueblo, abajándose a lo pobre y pequeño.

condido en sus cruces y en sus limitaciones, y manifestado en su conversión, en su esperanza, en su compromiso y en su entrega. Nada de esto hizo superfluo para su fe y para su propia reflexión teológica la Escritura y la tradición de la Iglesia como fuentes del conocimiento teológico, ni lo llevó a minusvalorar el magisterio actual de la Iglesia, del cual, por el contrario, fue estudiante celoso y discípulo fiel. Pero nada de eso quitó importancia decisiva a los pobres como lugar de la fe, de la Iglesia y de la teología. "En ese mundo sin rostro humano, sacramento actual del siervo sufriente de Jahvé, ha procurado encarnarse la Iglesia de mi Arquidiócesis;"³⁵ pero en ese mundo también "puntos fundamentales de la fe se han visto enriquecidos por esta encarnación real;"³⁶ lo que es el pecado y la gracia, el amor y su necesaria concreción en la justicia, la esperanza histórica y trascendente, la fe en Dios y en su Cristo.

Y ésta es la segunda gran lección para la teología. Esta debe hacerse desde ellos, como pobres y como pueblo de pobres. El *pueblo* de Dios, constituido muy mayoritariamente de pobres, es el recipiente primigenio de la revelación de Dios y quien responde primigeniamente a esa revelación, como afirma el Vaticano II; todo lo cual bastaría para que la teología tenga que remitirse a ese pueblo en cuanto tal. Pero en cuanto pueblo de *pobres* tiene, además, como dice Puebla, un "potencial evangelizador" (n. 1147). La teología, por lo tanto, debe remitirse a ellos no sólo formalmente, sino para elaborar sus contenidos. Los pobres no capacitan, por supuesto, para desarrollar todas las funciones de la teología ni las reflexiones teológicas populares pueden sustituir a las de la teología técnica. Pero la capacitan para lo que es previo y fundamental: leer el evangelio de Jesús que se dirige a ellos privilegiadamente y conocer, en lo fundamental, la verdad de la historia que ellos expresan mejor que nadie porque la padecen más agudamente que nadie, aunque tanto el evangelio como la realidad histórica deban ser analizados y explicados más técnica y teóricamente por la teología.

Mons. Romero en su ministerio pastoral y magisterial ofreció un ejemplo notable de cómo

deben relacionarse la Iglesia y la teología con los pobres. Debe, en primer lugar, preguntar a los pobres —como lo hizo antes de ir a Puebla y antes de elaborar su cuarta carta pastoral— y tomar en serio sus respuestas, incluso "algunas inexactitudes y audacias doctrinales y pastorales" que "han servido de estímulo al carisma de magisterio y discernimiento que el Señor me ha confiado."³⁷ Debe aprender de ellos: "yo creo que el obispo siempre tiene mucho que aprender del pueblo."³⁸ Debe ofrecer su propio magisterio con autoridad, pero con espíritu dialogante, sobre todo ante nuevos problemas y la concreción novedosa de los perennes: "nuestra limitación llama al diálogo,"³⁹ dijo en su tercera carta pastoral. Debe dejarse verificar también: "precisamente en los carismas que el Espíritu da al pueblo, el obispo encuentra la piedra de toque de su autenticidad."⁴⁰

El 'desde los pobres' tiene, pues un significado preciso y no etéreo. No sustituye a lo ya dado en la revelación, pero es también insustituible para captar y responder a la actual manifestación de Dios. La teología debe hacerse desde esos dos polos, como Mons. Romero lo exigía para la pastoral. "Sólo escuchando, por una parte, a partir de los datos y de su análisis, el clamor de nuestros pobres, y oyendo, por otra parte, la palabra de Jesús y de su Iglesia, podremos encontrar la solución y la respuesta pastoral para los problemas."⁴¹ La teología tiene que ser bíblica y eclesial, tiene que ser técnica, pero tiene que ser también popular, que surja de, responda a y recoja la realidad del pueblo de Dios y del pueblo pobre de Dios.

La teología, además, como todo quehacer cristiano, tiene que llevarse a cabo con un determinado espíritu que la informe a toda ella. Es un quehacer de hombres, creatural, abierto a la gracia, pero transido también de pecaminosidad. Aun cuando debe realizarse según las leyes de toda inteligencia, no puede en base a ello proclamar una absoluta autonomía en su propio quehacer; debe ser más bien un quehacer que no sólo ofrezca contenidos cristianos, sino que se realice cristianamente.

Mons. Romero ofrecía como reserva de la historia la utopía de Dios, algo tan intocable e indefenso. Una utopía necesaria para rehacer siempre la esperanza.

Mons. Romero ejemplificó también a cabalidad que cualquier actividad eclesial debe ser llevada a cabo cristianamente. Su ministerio arzobispal, por poner un importante ejemplo, poseía su propia estructura intrínseca y sus funciones específicas; pero ello no resolvía ya de antemano la pregunta de cómo ser arzobispo cristianamente. Ese ser y hacer cristianamente las cosas es lo que exige e inspira también a la teología.

Lo primero que exige al quehacer teológico es que esté dispuesto a la *conversión*. La teología puede ser vehículo de pecado cuando —aunque Mons. Romero lo aplicase en general a todo lo religioso— lleva a la alienación, a “adormecer al pueblo,”⁴² “no diciendo la verdad cuando había que decirla.”⁴³ “Es un escándalo” —posibilidad para la teología o por interés egoísta o en nombre de la autonomía absoluta de la ciencia— “que se despreocupen del pobre.”⁴⁴ También a la teología le puede venir la acusación de convertirse en “cristianismo estático como museo de conservación.”⁴⁵ Por todo ello, la teología tiene que estar abierta a la conversión y a la verificación, examinarse de sus intereses subjetivos y de su relevancia objetiva, no sea que se mantenga voluntaristamente cuando ya no es de ninguna ayuda o, peor aún, se convierte en soporte ideológico de intereses y estructuras pecaminosas.

El quehacer teológico debe ser *servicial*, abordando ante todo los problemas reales del pueblo de Dios, por novedosos y objetivamente difíciles que sean de tratar, a pesar del cierto desamparo intelectual que producen la novedad y gravedad de esos problemas, sin decidir de antemano cuál debe ser la agenda de la teología. Mons. Romero decía: “los pastores del pueblo tenemos el deber de dar una respuesta cristiana y eclesial a estos problemas que inquietan a tantas conciencias.”⁴⁶ Así debe ser también la teología. Indudablemente, pertenece también a su servicio poner los problemas concretos en un horizonte teórico más amplio, prever las direcciones futuras de las situaciones eclesiales, articular la problemática concreta con la revelación, etc. En otras palabras, la teología no tiene que convertirse en respuesta inmediatista y coyuntural a los problemas, sino que tiene que mantener también su carácter sistemático. Pero nada de eso quita que la actitud del quehacer teológico debe ser ser-

vicial: que se ponga al servicio de los problemas reales de la historia y del pueblo de Dios, y no a la inversa, ignorándolos cuando no se sabe qué decir o, peor aún, considerándolos sólo como material para el desarrollo de la teología.

La teología debe intentar seriamente ser *eficaz* al analizar y resolver los grandes problemas de la vida y de la muerte, de la humanización y la deshumanización. Por ello, en su propio quehacer debe buscar el mayor cúmulo de conocimientos, de análisis teológicos y también sociales, económicos y políticos; debe animar a que se realice lo que se propone ayudar a una práctica lúcida para que en verdad históricamente se acerque el reino de Dios y, personalmente, proporcione luces y caminos para que el hombre se encuentre con Dios. Esto es lo que ejemplificó Mons. Romero *in actu* en la preparación de sus homilias y cartas pastorales; en los medios que ofrecía y exigía, fueran éstos el seguimiento de Jesús, la lucha por la justicia o la organización del pueblo; definió la finalidad de toda su actividad diciendo: “estamos trabajando esta obra de la Iglesia haciendo el Reino de Dios.”⁴⁷

La teología debe estar *abierta al conflicto y la persecución* como todo quehacer cristiano y, más específicamente, por su carácter de palabra de Dios. No es necesario recordar en esto a Mons. Romero, pues ambas dimensiones fueron evidentes para él. Sólo cabe añadir que si la teología busca ser servicial y eficaz se encontrará con “una sociedad que rechaza la palabra del evangelio cuando no está de acuerdo con sus egoísmos, cuando no está de acuerdo con sus injusticias.”⁴⁸ Entonces será acusada de ignorante, hereje y marxista, acusaciones todas que “se quedan en un rechazo.”⁴⁹ Y la persecución le sobrevendrá en el momento en que más auténtica sea su explicación de la palabra de Dios. “Sólo me consuela,” decía Mons. Romero reflexionando sobre esta trágica paradoja, “que Cristo, que quiso comunicar esta gran verdad, también fue incomprendido y le llamaron revoltoso y lo sentenciaron a muerte, como me han amenazado a mí estos días.”⁵⁰

La teología por último debe hacerse transida de *gratuidad*; con *humildad* y *agradecimiento*, por lo tanto, pues no ha descubierto ella su objeto ni lo re-descubre en base a sus propios meca-



La unificación de Dios desde lo mínimo y lo máximo, de la historia y de la trascendencia es el aporte más significativo de Mons. Romero a la teología.

nismos, sino que se le ha dado una buena noticia que comunicar y se la han entregado históricamente los pobres. Pero también con *gozo*. La verdad sobre la que versa la teología no es una verdad cualquiera, sino en último término una verdad que es buena noticia; por ello debe ser profundamente evangélica en el sentido originario del término. Esto es lo que comunicó Mons. Romero. "Simplemente quiero ser el constructor de una gran afirmación: la afirmación de Dios que nos ama y nos quiere salvar."⁵¹

3. El legado y el futuro de Mons. Romero

Muchas otras cosas ha inspirado Mons. Romero a la teología, pero quizás baste lo dicho para comprender un poco mejor que Mons. Romero tuvo un pensamiento teológico propio y que, sobre todo, fue un acontecimiento que ha inspirado a la teología. Por lo primero, fue un hombre docto que conoció y se ejercitó en la teología. Por lo segundo, fue un verdadero doctor que enseñó inspirando e inspiró también enseñando. Si juntamos las dos cosas podremos apreciar el legado de Mons. Romero para la

teología.

Cuál sea el futuro de ese legado no se puede predecir de antemano. Pero dos cosas ayudan a pensar en su futuro. Por una parte, ya han pasado cinco años desde su martirio —y aquí está la ventaja de proponer este doctorado póstumamente— y su palabra y obra no han desaparecido, sino que más bien se han acrecentado. Este hecho irrefutable apunta a su futuro. Por otra parte, es el fin el que da sentido y aclara el proceso, y el fin de Mons. Romero no fue un final, sino un martirio; lo cual se convierte en principio hermenéutico de su palabra, no sólo por la credibilidad subjetiva que le otorga, sino por la verdad con que objetivamente la sanciona. El martirio no es una muerte casual en El Salvador, sino señal inequívoca de que se ha hecho presente la verdad. Y por la magnitud del martirio se puede juzgar la magnitud de la verdad. Si Mons. Romero, arzobispo de San Salvador, honrado con varios doctorados y premios, propuesto al premio nobel de la paz, fue asesinado, es que era muy grande la verdad que hizo presente.

El quehacer teológico ha de ser servicial: al servicio de los problemas reales de la historia y del pueblo de Dios y no a la inversa, ignorándolos cuando no se sabe qué decir o considerándolos sólo como material para el desarrollo de la teología.

Creo yo que no es exagerado decir que con el paso del tiempo Mons. Romero se irá, y ya se va configurando, como uno de los grandes doctores de la Iglesia; más aún, como uno de los padres de la Iglesia, varios de ellos como él, obispos y mártires, que unificaron en su persona un creativo quehacer pastoral, una gran santidad y un profundo pensamiento teológico. Estos padres de la Iglesia, santos y sabios, son los que han desencadenado y configurado su tradición viva y a los que el paso de los años los ha hecho actuales e inspiradores como símbolos de los grandes momentos de la Iglesia.

Mons. Romero se está convirtiendo en uno de esos grandes momentos de la Iglesia, en pilar de la fe e inspiración para la teología. Cambiarán las situaciones y algunas de las cosas que dijo quedarán obsoletas. Pero algo muy profundo quedará para siempre en la Iglesia salvadoreña y en la Iglesia universal.

Mons. Romero también pensó en el futuro. Pensó, en primer lugar, en el futuro de su pueblo y dijo: "el grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener."⁵² Pensó en su esperanza y dijo: "Cristo hará brillar ese sol que el campesino... quiere que brille, de justicia y de verdad."⁵³ "Sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor."⁵⁴

Pensó también en su propio futuro ante la inminencia de las amenazas. Con gran humildad dijo de sí mismo: "si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño."⁵⁵ Y pensando en su palabra, esa palabra de Dios y del pueblo salvadoreño que hemos intentado esclarecer, dijo: "la palabra queda... Mi voz desaparecerá. Pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger."⁵⁶

Lo que él dijo de sí mismo con gran humildad es una realidad. Su palabra queda. Quienes quieran vivir en esta América Latina crucificada y esperanzada como seres humanos responsables podrán volver siempre a él. Quienes quieran vivir su fe, su esperanza y su compromiso en esta Iglesia, siempre encontrarán ánimo en Mons. Romero. Quienes quieran hacer teología responsable-

mente en este continente, siempre encontrarán inspiración en su palabra y en su vida.

Por todo ello —y con especial agradecimiento personal a la inspiración que infundió a la teología en El Salvador y en toda América Latina es un honor para mí solicitar a esta universidad que conceda —y así se honre a sí misma— el doctorado en teología *honoris causa* a Mons. Oscar Romero.

NOTAS

1. Mons. Romero. "La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres," discurso con motivo del doctorado *honoris causa* conferido por la Universidad de Lovaina el día 2 de febrero de 1980. En J. Sobrino, I. Martín-Baró, R. Cardenal, *La voz de los sin voz*, San Salvador, UCA Editores, 1980, p. 184. todas las citas de este trabajo, se indique o no en el texto, son de Mons. Romero.
2. Discurso de Mons. Romero con motivo del doctorado *honoris causa* conferido por la Universidad de Georgetown el día 14 de febrero de 1978. En *ibid.*, p. 178.
3. Homilía del 23 de marzo de 1980.
4. Homilía del 12 de abril de 1979.
5. Homilía del 3 de diciembre de 1978.
6. Homilía del 18 de febrero de 1979.
7. Homilía del 9 de septiembre de 1979.
8. Homilía del 12 de abril de 1979.
9. Homilía del 18 de febrero de 1979.
10. Discurso, en *La voz de los sin voz*, p. 179.
11. Homilía del 24 de junio de 1979.
12. Homilía del 18 de febrero de 1979.
13. Homilía del 11 de noviembre de 1979.
14. Entrevista de marzo de 1980.
15. Homilía del 29 de julio de 1977.
16. Homilía del 23 de marzo de 1980.
17. Homilía del 31 de diciembre de 1978.
18. Homilía del 15 de julio de 1979.
19. "Iglesia y organizaciones políticas populares. Tercera carta pastoral de Monseñor Oscar A. Romero, Arzobispo de San Salvador y primera de Monseñor Arturo Rivera Damas, Obispo de Santiago de María." en *La voz de los sin voz*, p. 113.
20. Discurso, *La voz de los sin voz*, p. 177.
21. Homilía del 16 de marzo de 1980.
22. Homilía del 1 de julio de 1979.
23. La dimensión política de la fe, *La voz de los sin voz*, p. 193.
24. *Monseñor Oscar Arnulfo Romero*, Publicaciones del arzobispado, San Salvador, p. 1.
25. Homilía del 10 de febrero de 1980.
26. Homilía del 16 de marzo de 1980.
27. Homilía del 24 de diciembre de 1978.

28. Homilía del 18 de febrero de 1979.
29. Homilía del 11 de noviembre de 1979.
30. Homilía del 2 de febrero de 1979.
31. Homilía del 7 de enero de 1979.
32. Homilía del 9 de septiembre de 1979.
33. Homilía del 10 de febrero de 1980.
34. Homilía del 30 de septiembre de 1979.
35. "La dimensión política de la fe." *La voz de los sin voz*, p. 186.
36. *Ibid*, p. 189.
37. "Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país. Cuarta carta pastoral de Monseñor Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador," en *La voz de los sin voz*, p. 128.
38. Homilía del 9 de septiembre de 1979.
39. Tercera carta pastoral, *La voz de los sin voz*, p. 96.
40. Homilía del 9 de septiembre de 1979.
41. Tercera carta pastoral, *La voz de los sin voz*, p. 97.
42. Homilía del 9 de diciembre de 1979.
43. Homilía del 31 de diciembre de 1978.
44. Homilía del 1 de julio de 1979.
45. Homilía del 21 de junio de 1979.
46. Tercera carta pastoral, *La voz de los sin voz*, p. 96.
47. Homilía del 3 de diciembre de 1978.
48. Homilía del 8 de julio de 1979.
49. Homilía del 8 de julio de 1979.
50. Homilía del 3 de junio de 1979.
51. Homilía del 25 de febrero de 1979.
52. Homilía del 27 de enero de 1980.
53. Homilía del 29 de julio de 1979.
54. Homilía del 7 de enero de 1979.
55. Entrevista de marzo de 1980.
56. Homilía del 17 de diciembre de 1978.

